

El terrorismo suicida y sus desafíos

Por Manuel R. Torres

El predominio en los últimos tiempos de un terrorismo suicida de raíz religiosa (11-S, Israel, Irak...) plantea la necesidad de proceder a un análisis profundo de la lógica que subyace detrás del mismo. Dichos ataques son un nuevo intento de doblegar, a través de la violencia, la voluntad de las sociedades democráticas. Sólo a través de la firmeza frente a los ataques y un conjunto de adaptaciones de carácter práctico se conseguirá neutralizar esta peligrosa amenaza a nuestra libertad y seguridad.



Gran parte de los elementos que integran la valoración que un Estado realiza acerca de los riesgos y amenazas que le atenazan procede de las diferentes “percepciones” que sobre los mismos realizan sus ciudadanos. Sin duda, en los últimos años hemos podido comprobar como dichas visiones populares han estado mediatizadas por la espectacularidad y la incertidumbre asociada al terrorismo de carácter suicida. Si con anterioridad las acciones terroristas de “tipo convencional” ya habían logrado acaparar una gran dosis de la atención pública, realidades como la cruel campaña de atentados suicidas en Israel, la magnitud de los ataques del 11 de septiembre, y los impredecibles acontecimientos de la posguerra iraquí han logrado otorgar a esta modalidad criminal un puesto preferente en los miedos y fobias populares. El predominio mediático de esta modalidad terrorista ha corrido parejo a un profundo desconocimiento de los factores explicativos del mismo y de la lógica que subyace a una manifestación de violencia que resulta en extremo desconcertante. Sin embargo, la comprensión del mismo es posible a través de una serie de elementos que contribuyen enormemente a desmitificarlo y a calibrar adecuada-

mente la amenaza que dicha violencia supone para nuestra seguridad. En primer lugar, debemos tener en cuenta que el terrorismo suicida es un fenómeno relativamente novedoso. Si bien era posible detectar un arrojido casi suicida en determinadas acciones terroristas que tienen su inicio en los atentados anarquistas de principios del siglo pasado, lo cierto es que la muerte del atacante era asumido por estos grupos como algo probable, pero no como un resultado necesario. Era la precariedad de medios empleados en el atentado y la contundencia de la respuesta policial lo que determinaba la muerte del terro-

“Debemos situar el origen del terrorismo suicida en el Líbano en 1983”

rista y no el deseo expreso del mismo en perder la vida en el curso de su acción. De ahí que debamos situar el origen del terrorismo suicida, tal y como lo conocemos hoy, en el Líbano en 1983, táctica que se extenderá una década después a Israel y posteriormente al resto del mundo. A pesar de la preeminencia que en los últimos tiempos ha cobrado este tipo de terrorismo amparado en la fe musulmana, debemos tener muy claro que el terrorismo suicida no es un patrimonio exclusivo del Islam, siendo posible detectar acciones idénticas en otras civilizaciones. Sin embargo, la religión musulmana presentan una serie de elementos doctrinales que la hacen especialmente proclive a que los partidarios de este tipo de violencia puedan elaborar una sólida justificación del “suicidio ofensivo” a partir de los textos sagrados del Islam. El hecho de que el Corán no sea un texto homogéneo, carezca de una autoridad unificadora y no este exento de ambigüedades hace posible versiones radicales de la religión de Mahoma que otorgan preferencia a ciertas azoras del Corán sobre otras. Los que enfatizan la dimensión yihadista (o de guerra santa) de esta religión se refieren a menudo a la azora del Arrepentimiento, aleya 29: *“¡Combatid a quienes no creen en Dios ni en el último Día ni prohíben lo que lo que Dios y su enviado prohíben, a quienes no practican la religión de la verdad aquellos a quienes fue dado el Libro! Combatidlos hasta que paguen la capitación personalmente y ellos estén humillados”*. Si bien existe un consenso entre numerosos ulemas sobre la naturaleza defensiva de la yihad, el problema se plantea cuando la represión a los musulmanes que determina la necesidad de emprender la guerra santa se interpreta en sentido amplio. En los partidarios del “martirio” aparecen de manera unánime una serie de relatos que justifican el carácter defensivo de su acción, de esa forma consideran pruebas inapelables: el genocidio perpetrado por los cristianos contra los musulmanes en Bosnia y Chechenia, la imposibilidad de que los palestinos se sacudan el “yugo” de Israel y la “conjura” sionista internacional, las mujeres,





niños y ancianos muertos (siempre contabilizados en cientos de miles) resultado del embargo internacional y posterior guerra en Irak, y de forma amplia: el atraso y la pobreza del mundo musulmán atribuido a un occidente arrogante que se esfuerza en lograr que el Islam no pueda recuperar la grandeza y el esplendor del pasado. Gran parte del desasosiego producido por este tipo de violencia procede del hecho de que no existe un perfil claramente delimitado y homogéneo del terrorista suicida. Han sido "mártires" tanto adultos como niños, hombres y mujeres, casados y solteros, analfabetos y universitarios, etc. Este tipo de suicida es infinitamente más complejo de lo que popularmente se percibe, y no es sólo el resultado de la inadaptación social o la debilidad mental frente a la manipulación interesada de otros, aunque dichas visiones guarden cierta parte de verdad. Es necesaria una comprensión más profunda de estos perfiles que supere el estereotipo del joven inmerso en la pobreza que se ve atrapado por el fanatismo religioso, fruto de unas condiciones sociales y económicas miserables. Si bien es cierto, que el terrorismo suicida se ha nutrido en gran parte de los estratos más desfavorecidos, no es menos cierto que la amplia lista de aquellos que han "accedido al martirio" hallamos individuos procedentes de las tradicionales familias acomodadas del mundo árabe, siendo el ejem-

plo más famoso el del cerebro de los atentados del 11S Mohamed Atta. Igualmente, es posible detectar la opulencia en algunos de los suicidas palestinos pertenecientes a algunas de las familias más adineradas de la Autoridad Palestina. Existe una dimensión suicida "convencional" en el martirio islamista. Pero, contrariamente al suicidio "evasivo", que es ruptura con la vida sin vínculo alguno con lo trascendente o sagrado, existe un desprecio contra el mundo que se expresa designando a un enemigo al que se intenta eliminar haciéndose matar. En el martirio no hay una aceptación de la muerte como una

eventualidad necesaria para la realización de un ideal, hallamos, más bien, un caso de obnubilación por la muerte, un estado de ánimo que ve en ésta una especie de encarnación de la que debe ser la motivación de cualquier persona: seguir hasta las últimas consecuencias la voluntad de Alá. La recompensa prometida a todo mártir: un lugar preferente en el paraíso musulmán, junto a los favores incondicionales de decenas de vírgenes, no hace sino reforzar el resentimiento contra un mundo decadente al que se pretende dar la espalda matando a los responsables de tanta injusticia y depravación.





El fanatismo islamista no produce un tipo único de terrorismo suicida, sino que es posible establecer diferencias entre las motivaciones que mueven a un militante palestino, iraní, cachemir o un miembro de Al Qaeda. Los tres primeros se inscribe dentro de un marco nacional y gran parte de su frustración proviene de la imposibilidad de establecer un estado teocrático en sus respectivas naciones. Sin embargo, en el caso de Al Qaeda el sentimiento de desposesión de sí mismos que poseen los suicidas es producto de una vivencia "virtual" de la desesperación de los demás. Son los relatos de terceras personas, las emisiones de televisión, las fotografías y todo un abanico de medios electrónicos lo que determina la resolución de unos pocos para convertirse en vengadores de las afrentas sufridas por el mundo musulmán. La revolución en las tecnologías de la información, junto con la importancia creciente en la experiencia vital de todo persona de aquello que tiene su existencia en el "espacio virtual", da como resultado el que, por ejemplo, jóvenes españoles o franceses de origen magrebí que han nacido y crecido en un ambiente de relativa prosperidad económica experimenten de forma desproporcionada los sufrimientos de unos campos de refugiados palestinos de los que sólo tienen noticia a través de lo que otros relatan. A ello se le añade el sentimiento de culpabilidad por haber abandonado, directa o indirectamente,

el país de origen esquivando de esa forma los padecimientos y el deber de lucha que afrontan sus correligionarios en las sociedades islámicas. Participar a lo largo del mundo en un grupo como Al Qaeda que reivindica la unidad de todos los musulmanes por encima de las tradicionales divisiones y rencillas, permite a estos individuos recuperar ante sus ojos y los de su comunidad la dignidad perdida. No debemos perder de vista el hecho de que la falta de un sentimiento de culpabilidad por la muerte de inocentes y el desprecio y la demonización de las víctimas es consustancial al terrorismo suicida. Bajo la visión de aquel que es capaz de poner fin a su vida dentro de un ímpetu destructivo, en este mundo no existen inocentes propiamente dichos. Todos son culpables puesto que todo individuo forma parte del "engranaje" que hace posible este orden inhumano que perpetua la opresión y la humillación de los musulmanes. Bajo la visión del fanático islamista no existe espacio para la división entre la responsabilidad individual y la responsabilidad colectiva, todo sujeto por el mero hecho de ser miembro de una sociedad occidental se convierte en parte activa de esta lucha maniquea entre el Bien y el Mal. Al igual que el resto de manifestaciones terroristas, el terrorismo suicida está orientado hacia la obtención de un impacto mediático. De esa forma, la destrucción y los estragos causados por

todo atentado de esta índole, encajan perfectamente en los patrones de conducta de unos medios de comunicación (especialmente los audiovisuales) que priman la atención sobre aquellos eventos repletos de violencia, espectacularidad y dramatismo. Cada atentado suicida se ha convertido en sinónimo de primacía informativa independientemente de que este se salde con la única muerte del agresor. Un análisis en profundidad de los efectos que sobre la población genera este tipo de ataques nos puede ayudar a entender la razón última de su preeminencia en los últimos tiempos. Los efectos causados en la sociedad contra la que se dirige el atentado son obvios: la disrupción de la vida cotidiana, el aumento generalizado del estrés y de las conductas paranoicas, fractura de la confianza hacia todo individuo percibido como "diferente", aumento desmesurado del gasto destinado a seguridad y, ante todo, desconfianza hacia unos gobernantes que se contempla como incapaces de garantizar la seguridad y el orden. Los efectos sobre aquellas poblaciones que no se sienten directamente afectadas o amenazadas por la ofensiva terrorista no resultan tan obvios. Así, por ejemplo, si un primer momento la impresión del espectador es de indignación por las muertes inocentes y la repugnancia por los resultados de atentado, la opinión que subyace con el paso del tiempo es la de consternación por las inhumanas con-

“El terrorismo suicida está orientado hacia la obtención de un impacto mediático”



diciones de vida de unas personas que se ven arrojadas al suicidio como medio de atraer la atención de un occidental rico e indolente. Igualmente, la desconcertante actitud del terrorista que se lanza a la muerte en pos de un “ideal”, resulta difícilmente racionalizable por una “lógica occidental”. La opinión pública termina así asumiendo la creencia de que el conflicto ha alcanzado un punto crítico donde resultará realmente difícil salir airoso. Doblegarse a la voluntad de las terroristas y acudir a las concesiones se erige en la única salida frente a lo que se percibe como una “inagotable” cantera de activistas dispuestos a morir matando. Desde un punto de vista estrictamente material es importante comprender que el terrorismo suicida constituye desde el punto de vista táctico una metodología especialmente atrayente para aquellos terroristas que desean emprender una lucha asimétrica contra grandes potencias militares y económicas. De esa forma, vemos como los ataques suicidas consiguen asesinar cuatro veces más personas que el resto de acciones terroristas, como las acciones suicidas garantizan una enorme atención sobre el terrorista y su mensaje y son preocupantemente económicas. Así, por ejemplo, un hombre-bomba capaz de detonar dos kilos de explosivo en el interior de un autobús, da como resultado el mismo número de víctimas que treinta kilos de explosivo abandonado en las instalaciones de un centro comercial. Varios cientos de dólares en dinamita unidos al deseo destructivo de un suicida, puede convertir a un miem-

bro de la más paupérrima organización terrorista en la más sofisticada “bomba” inteligente, capaz de alcanzar cualquier blanco, y realizar adaptaciones de última hora en función de las medidas de seguridad adoptadas y los imprevistos a los que toda acción terrorista debe enfrentarse. Estas breves notas deberían disuadirnos a la hora de adoptar interpretaciones simplistas del fenómeno que poco ayudan a su erradicación. No obstante, igualmente peligrosas resultan aquellas otras visiones “idealizadoras” y justificadoras de las motivaciones que hay detrás de la violencia suicida. Toda “operación de martirio” esconde un trasfondo económico y de manipulación cuya vulgaridad sólo contribuye a incrementar la indignación por la muerte de inocentes. Así, por ejemplo, en todo acto de terrorismo suicida se esconde un “reclutador” cuya labor es emprender pacientes búsquedas destinadas a detectar posibles mártires entre aquellos que presentan una personalidad fácilmente sugestionable o aquellos que arden en deseos de vengar cualquier afrenta más o menos cercana. Centrados en el ejemplo del terrorismo palestino, antes de la que será su última operación, el candidato es escondido y aislado de su familia y amigos; debe superar definitivamente el miedo a morir a través de un intensivo lavado de cerebro donde juega un vital papel el ayuno (tradicional debilitador de voluntades), los rezos y la grabación de una cinta de video que todo suicida debe legar a la posteridad con una finalidad propagandística, y que consti-

tuye, igualmente, un “punto de no retorno” puesto que la vergüenza que para todo aspirante podría suponer el arrepentirse una vez grabado el mensaje de despedida es inasumible. La duda sobre la fortaleza y el arrojo final del futuro mártir determina que, por ejemplo, que en algunas ocasiones el explosivo sea detonado en la distancia por una segunda persona que contempla de forma segura como el suicida se acerca a su objetivo. El problema moral que implica abandonar este mundo dejando tras de sí una familia cuya pervivencia depende del trabajo de los hijos en edad activa, se ve fácilmente superado por el compromiso del entorno de las organizaciones terroristas de asistir de forma vitalicia a los parientes del mártir, que son erigidos en héroes ante los ojos de la comunidad. Un papel trascendental juega la financiación exterior de regímenes como el del derrocado Sadam Hussein y la integrista Irán que han provisto de cuantiosísimas indemnizaciones a las familias de los suicidas, cuya cuantía se pondera en función del número de muertos ocasionados al enemigo sionista. Igualmente, la frecuencia y sistematicidad de los ataques responde, en ocasiones, a motivos tan espureos como la búsqueda de la mayor letalidad. Así, por ejemplo, en Israel el explosionado de hombres-bomba en el interior de autobuses de viajeros se multiplica en los periodos de verano e invierno, puesto que las temperaturas extremas hacen las ventanillas de los vehículos permanecen cerradas a causa del aire acondicionado, lo que facilita un entorno cerrado

que garantiza que la deflagración sea capaz de aniquilar la vida de todos los pasajeros.

A modo de conclusión, deberíamos tener claro que el terrorismo suicida no es un arma definitiva en manos de un grupo de radicales que han sido capaces de detectar el talón de Aquiles de las sociedades occidentales. Como señalábamos constituye una innovación, y como toda moda su pervivencia dependerá de los éxitos que sea capaz de ir cosechando. Si los terroristas perciben que sus acciones no son capaces de erosionar la firmeza de una sociedad dispuesta a combatir la violencia terrorista, dicha estrategia no prevalecerá. No existe mayor desmovilizador que el panorama de perder la vida ante el altar de lo inútil. La cantera de candidatos dispuestos a inmortalizarse no es ilimitada y en su aminoramiento juega un papel esencial las predicas de los

líderes religiosos de las comunidades musulmanas que deben incidir en el carácter aberrante del suicidio y el asesinato dentro del Islam. Igualmente, la adaptación de las sociedades que sufren esta lacra a través de medidas de tipo práctico es un recurso vital cuya importancia ha sido tradicionalmente minusvalorada, como demuestra la importancia que ha jugado el aumento de la seguridad y la vigilancia aeroportuaria a la hora de impedir un nuevo uso de la aviación civil para ataques terroristas.

El terrorismo suicida es, pues, el último estadio alcanzado por la violencia terrorista en su continua mutación y adaptación a las sociedades que pretende someter y extorsionar. De la firmeza y la valentía de estas dependerá que el sombrío panorama del suicidio terrorista desaparezca de nuestro horizonte ■

Manuel R. Torres

BIBLIOGRAFÍA

HOFFMAN, BRUCE. "The Logic of Suicide Terrorism", *The Atlantic Monthly*, June 2003.

JOSROJAVAR, FARHAD. *Los nuevos mártires de Alá*, Ediciones Martínez Roca, Madrid, 2003.

JUERGESMEYER, MARK. *Terrorismo religioso*, Ed. Siglo XXI de España, Madrid, 2001

STERN, JESSICA. *Terror in the Name of God. Why Religious Militants Kill*, HarperCollins Publishers, New York, 2003.

MANUEL R. TORRES SORIANO

Es Investigador del Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Granada y miembro del Centro de Análisis de Seguridad (CEAS).

Revista FUERZAS MILITARES DEL MUNDO

De venta en quioscos y librerías. Ejemplares atrasados al teléfono 914695765

P.V.P. 5€ (tres o más ejemplares sin gastos de envío)

- NOTICIAS
- REPORTAJES
- ENTREVISTAS
- ESPECIALES
- ARMAMENTO
- VEHÍCULOS
- Y MUCHO MÁS...

SERIE CONFLICTOS ARMADOS OPERACIÓN LIBERTAD IRAQUÍ

Un análisis y documentación única sobre el conflicto militar que comienza el mundo, con exhaustiva información gráfica.

P.V.P. 15€ + GASTOS DE ENVÍO

OPERACIÓN LIBERTAD IRAQUÍ

Autor: Dionisio García Flores
 Precio: 15 €
 Páginas: 128 a color

Serie: CONFLICTOS ARMADOS
 Fecha Publicación: 2003
 Tamaño: 21 x 21 cm

De venta en librerías y grandes almacenes o en el teléfono 914695765

TAMBIÉN PEDIDOS POR MAIL:
 fandelmundo@fuerzasmilitares.com

www.fuerzasmilitares.com

